

de **Crónica**  
*Córdoba*  
*y sus Pueblos*  
**XVII**



*Córdoba, 2010*

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



Crónica  
*de* Córdoba  
*y sus Pueblos*

XVII

**Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2010



## **Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

### **Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XVII**

#### **Consejo de Redacción**

##### **Coordinadores**

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

##### **Vocales**

Manuel García Hurtado

Miguel Forcada Serrano

José Manuel Domínguez Pozo

Antonio Alcaide García

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: Fachada del Ayuntamiento de Lucena (Córdoba)

I.S.B.N.: -13: 978-84-614-5925-4

Imprime: IMPRENTA MADBER, S.L  
Pintor Arbasia, 14 Local  
Telf. 957 27 72 80  
14006 CÓRDOBA

Depósito Legal: CO - 1.467 - 2010



## Luis Barahona de Soto y su tratado de cinegética: humanismo y caza

Antonio Cruz Casado

Cronista Oficial de Iznájar

*“agora de cuidados enojosos  
y de negocios libre, por ventura  
andes a caza, el monte fatigando  
en ardiente jinete, que apresura  
el curso tras los ciervos temerosos,  
que en vano su morir van dilatando”*

Garcilaso de la Vega,

Égloga I<sup>1</sup>

Cuando el médico y escritor lucentino Luis Barahona de Soto fallecía repentinamente en Archidona (en noviembre de 1595) sólo había publicado una obra, *Las lágrimas de Angélica* (Granada, 1586) y dejaba algunas otras producciones en su telar creativo. Junto a la segunda parte de *Las lágrimas de Angélica* (o *La Angélica*, simplemente, como aparece en la portada de la única edición de este poema ariostesco), Barahona habría compuesto para entonces una mediana colección de poemas y una extensa obra cinegética, los llamados luego *Diálogos de la montería*.

Aun cuando su nombre no figura en el manuscrito original, que se conserva en la actualidad en la Real Academia de la Historia, ausencia que se achaca a que el códice está falto de portada así como de la previsible dedicatoria al mecenas y del prólogo, la crítica competente hace más de cien años que viene adjudicando a nuestro escritor los quince libros que componen el volumen, adjudicación que compartimos a la vista del enorme conocimiento que el para algunos indeterminado autor de los *Diálogos* tiene acerca de la obra de Barahona, tanto de la ya publicada como de la inédita, insertando en el cuerpo de los diálogos algunos versos que incluyen variantes con respecto a la edición granadina citada y también fragmentos de la segunda parte de *La Angélica*, inédita por entonces y

---

1 *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. Antonio Gallego Morell, Madrid, Gredos, 1972, p. 159.

quizás pérdida para siempre. Además, en los libros primeros<sup>2</sup> de los *Diálogos*, son también frecuentes las citas de la “Fábula de Acteón”, una historia mitológica tomada de Ovidio, en la que se cuenta la transformación en ciervo del cazador Acteón, castigado por la diosa Diana, y cuyo resultado estético le parecía “felicísimo”<sup>3</sup> al propio Miguel de Cervantes, buen amigo de Barahona.

Partiendo de la adscripción indicada, que viene siendo aceptada desde que la expuso un intelectual entonces tan prestigioso como Rodríguez Marín<sup>4</sup>, en 1903, nuestra intención es realizar en esta ocasión un somero estudio introductorio, de carácter divulgativo, a los *Diálogos* o *Arte de caza* de Barahona<sup>5</sup>, recurriendo para ello a la única edición existente en la actualidad (y publicada nada menos que a finales del siglo XIX, en 1890, por Francisco R[afael] de Huagón, Marqués de Laurencín, 1854-1927), en tanto que vamos preparando, conforme nos lo permite el tiempo, ese gran tirano, una edición nueva, realizada a partir del manuscrito de la Academia y que tiene en cuenta también, en lo posible, otro manuscrito cinegético, el de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, que Barahona utilizó en muchos lugares como urdimbre básica para componer el suyo. Claro que, en ésta como en otras tareas intelectuales, hay que tener muy a la vista el adagio latino de Hipócrates: *Ars longa, vita brevis*.

Como se trata de una obra más mencionada que leída (a pesar de que existe una reproducción facsímil realizada en Archidona, hace pocos años<sup>6</sup>, en 2002), queremos dar ahora una idea general de los libros de caza que nos legó el ilustre lucentino, avecindado luego, como médico, en Archidona.

- 2 Cfr., *Diálogos de la Montería. Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia*, ed. Francisco R. de Huagón, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1890, pp. 72 a 74, y en varios lugares más (las restantes citas de esta edición se hacen mediante la indicación de página, tanto en las notas como en el cuerpo del trabajo).
- 3 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 1978, I, p. 121. Véase también Luis Barahona de Soto, *Fábulas mitológicas*, ed. Antonio Cruz Casado, Lucena, Excmo. Ayuntamiento / Cátedra Barahona de Soto, 1999; la misma obra, en edición digital, en [cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=11461](http://cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=11461).
- 4 Francisco Rodríguez Marín, *Luis Barahona de Soto. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, Madrid, Sucesores de Rivadenayra, 1903, p. 253 y ss., p. 391 y ss.
- 5 El escritor es partidario de considerarlo un arte: “SOL. Eso me parece más galano, que hasta agora yo entendía que sólo Montano era el que quería dar de cabeza en loar la caza, y agora me parece que vos traéis Reyes y filósofos en su favor, y no contento con esto queréis ya que sea arte, y le dais definición, y aun queréis que tenga asiento y principado entre las artes. SIL. ¿Pues eso dudáis? Llana cosa es que quien le da preceptos la tiene por arte, pues cuantas cosas se hacen con ellos se hacen por arte”, op. cit., p. 17. Más adelante concluye: “pues en la caza hay reglas y preceptos por donde se enseña a matar los animales que pretende, ser arte”, p. 20. La autoridad de Cicerón resulta ser un argumento de peso en la cuestión: “Volviendo a la definición de Cicerón, dice que es arte un ayuntamiento de muchos preceptos que todos pretenden un fin, y así lo es la caza”, p. 21. Por boca de Montano se confirma la consideración de la caza como arte: “finalmente, lo que de aquí se ha de tener, es que la montería es arte que enseña a cazar toda caza silvestre, con tiempos y instrumentos convenientes, y lugares, lo cual todo especificaré yo por extenso: téngala el caballero por liberal y el hombre llano por mecánica, pues cada uno se aprovecha de ella según su gusto”, p. 34.
- 6 Con importante estudio preliminar de José Lara Garrido, al que consideramos el mejor estudioso y editor de la obra de Barahona de Soto, y referencias bibliográficas actualizadas: [Luis Barahona de Soto], *Diálogos de la Montería*, est. José Lara Garrido, notas Antonio M. Fernández, Archidona, Asociación para el Desarrollo Rural de la Comarca Nororiental de Málaga, 2002.



Dividido en quince libros, como hemos indicado, el texto ocupa casi quinientas páginas en la edición decimonónica (doscientos cuatro folios en el original manuscrito), lo que da idea de la amplitud y profundidad con que el tema cinegético aparece tratado. Como término de comparación en este aspecto, podemos recordar que el *Libro de la Montería*, editado por Argote de Molina en 1582 sobrepasa en poco los cien folios; es decir, los *Diálogos* pueden duplicar ampliamente la extensión del tratado que publica Argote, uno de los más importantes de su momento histórico. Tampoco otras obras de caza anteriores o posteriores son tan extensas y completas.

El resultado es, además, especialmente ameno, porque no estamos ante una exposición monotemática y objetiva sobre arte cinegético<sup>7</sup>, sino que aquí encontramos tres personajes, diversamente expertos en la cuestión, que dialogan sobre el mundo de la caza en sus más variadas formas, desde la caza mayor, quizás la más atendida y desarrollada (y que da nombre a los Diálogos), hasta la caza menor, en la que se trata incluso de la caza de liebres, conejos, perdices y otras piezas de menor calibre<sup>8</sup>.

Los interlocutores se llaman Montano, Silvano y Solino y no ha sido poco el empeño de los críticos al intentar determinar quién se esconde en realidad bajo cada uno de esas denominaciones personales, porque se supone, igual que sucede en la novela pastoril, que los nombres ficticios encubren a otros reales, acerca de los cuales aparecen sutiles indicios en los diálogos que permiten su identificación por parte de un público inmediato y experto en el reconocimiento de tales nombres. El propio Barahona de Soto se hace eco de estos juegos identificativos al referirse a los personajes de las églogas de Garcilaso de la Vega que son, en opinión de Solino, “otras [personas] muy principales de nuestra España y de su tiempo, pues todos entienden por Albano, el Duque de Alba, y por Nemoroso, al Emperador Carlos Quinto” (p. 5), idea que refuta Silvano al señalar que “de otra manera lo entendió el Maestro Francisco Sánchez<sup>9</sup>, Catedrático de Retórica en Salamanca. Con todo

7 El autor es consciente de lo conveniente que resulta el empleo del diálogo en su materia, a imitación de los grandes filósofos clásicos, como puede verse en el fragmento siguiente: “MON. Tome el discreto la división que quisiere, que yo no estoy obligado a más que a declararme de suerte que todos me entiendan. SIL. Esa licencia liene el que escribe en diálogos, que puede ir atentando el vado y pasar por lo más seguro, aunque sea prolijo; que así lo hace Platón, que para escoger y sacar en limpio una proposición, disputa un año y gasta una mano de papel. SOL. Y aun a veces la paciencia: harto mejor y más resolutivo va Aristóteles. SIL. Así va más obscuro y terrible; que cansa más con una plana que el otro con un libro entero, y podía decirse de él lo que Horacio culpa en los escritores, que queriendo ser breves se hacen obscuros”, pp. 41-42.

8 Con todo, Barahona parece entender por montería cualquier tipo de caza que tiene lugar en la tierra: “como si dijédeses que hay otras maneras de caza, una en el agua, y ésta se llama pesquería, y otra en el aire, que se llama cetrería, y otra en la tierra, que se llama montería”, pp. 28-29. Más explícito se muestra por medio del personaje de Montano al definir el objetivo y el alcance de la obra: “y pues decís que se cazan pescos y aves y fieras, solamente pienso de tratar de la parte que enseña a matar fieras, y de éstas no todas, sino las necesarias para nuestra comida y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el apellido, no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar, porque como casi siempre se ejercita en los montes, tomó nombre de ellos. Ésta se divide en dos: en caza mayor, que es de puercos y ciervos y otros animales grandes, y en menor, que es de liebres y conejos; y si en esta segunda parte me diéredes licencia, me confundiré y quizá trataré de perdices, en cuanto se cazan con los instrumentos que los animales terrestres, quiero decir, con perro y ballesta ó arcabuz”, pp. 40-41.

9 “Salicio es Garci-Lasso, Nemoroso, Boscán, porque *nemus* es el bosque”, *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. Antonio Gallego Morell, op. cit., p. 281.

eso me satisface poco” (ibid), concluye. En realidad, si nos atenemos a la morfología de los tres nombres antes citados, encontramos tres derivados de elementos fundamentales de la naturaleza: Montano está relacionado con los montes, Silvano con las selvas y Solino con el sol (en el manuscrito de la Biblioteca de Palacio se mantiene Montano, y los otros dos personajes se llaman Silvestre, nombre que recuerda al amigo de Barahona Gregorio Silvestre, y Boscán, designación que, además de evocar al amigo de Garcilaso de la Vega, es un derivado de bosque). La crítica considera que bajo el nombre de Silvano se oculta Barahona, puesto que de él se dice que no es propiamente cazador, sino poeta<sup>10</sup>, en tanto que sus intervenciones vienen a autorizar o a ejemplificar con textos literarios clásicos o recientes sus afirmaciones o las de sus contertulios. Además el personaje se presenta a sí mismo con rasgos que parecen convenir a Barahona, en lo que sabemos de él. De esta forma, al comienzo del texto, refiere como transcurre su vida antes de ser iniciado en el mundo de la caza: “entendía que solamente le era lícito a un caballero tener una recámara adornada de vestidos honestos y galanos, y de algunas armas para varia destreza, y de algunos instrumentos músicos, y siendo, como yo lo soy, aficionado a letras, tener un estudio con cuatro docenas de libros toscanos y latinos, que no es poco ser algo en todo, y en lo demás encomendarse hombre a la buena vida y a la conversación y entretenimiento de los amigos” (p. 2).

En la obra de Barahona, Montano es el interlocutor que conoce mejor el mundo de la caza y el que va aleccionando a los otros dos en esta materia, conforme va pasando el tiempo en amena y didáctica conversación, de tal manera que el desarrollo de la trama y su articulación recuerda el esquema o estructura que ofrecen los más importantes diálogos clásicos de Marco Tulio Cicerón, autor calificado por nuestro escritor como “el mejor de los latinos” (p. 15)<sup>11</sup>. Pero no sólo la organización de la materia ofrece un claro componente clásico, sino que a lo largo del texto existen múltiples referencias a obras y autores del mundo grecolatino como corresponde a un escritor humanista de las características de Barahona de Soto, “médico y filósofo”<sup>12</sup>, según el colofón de *Las lágrimas de Angélica*.

10 Cfr. *Diálogos de la Montería (Manuscrito de la Biblioteca del Palacio de Oriente)*, ed. Duque de Almazán, pról., Julián Zarco Cuevas, Madrid, 1935 (ed. facsimil, Aldaba Ediciones, 1991), pp. LVI-LVII.

11 “Pues sois tan devoto de Cicerón” (p. 15), se dice en otra ocasión. Figura también entre los autores clásicos más mencionados por Barahona; cfr. Juan Pérez de Guzmán, *El autor y los interlocutores de los Diálogos de la Montería*, Madrid, 1890 (facsimil, Madrid, Guillermo Blázquez, 1984), pp. 36.

12 Cfr. Luis Barahona de Soto, *Las lágrimas de Angélica*, ed. José Lara Garrido, Madrid, Cátedra, 1981, p. 565. También en el comienzo de los *Diálogos*, Solino presenta a Silvano, probable alter ego de Barahona, como interesado en la filosofía, idea que podría entenderse quizás en su sentido etimológico de amante de la sabiduría o interesado en la cultura de forma genérica: “No sé si deba confiar de mis ojos negocio de tanta dificultad: ¡un hombre filósofo, caballero cuerdo y aun perezoso, y encontrarle antes que el sol se levante vestido de verde y con hábito ligero! Por vuestra vida, señor Silvano, que me declaréis qué tiene que ver montera y casaca, gregüesco y alfanje, y ballesta, con la nobleza que heredásteis y la filosofía que profesáis...”, p. 1. No obstante, a pesar de todo, no parece que sea un término impropio para aplicárselo a Barahona, a la vista de los múltiples y organizados razonamientos que existen en muchas partes de su obra, por ejemplo, en el diálogo primero para determinar que la caza sea arte; a ello hay que añadir el profundo conocimiento que tiene de Aristóteles, Platón y otros filósofos.



Claro que, además del abundante componente clásico<sup>13</sup>, en la obra se incluyen citas o menciones de autores italianos más recientes (Boyardo, Ariosto) y también españoles (Garcilaso de la Vega, Gregorio Silvestre, Hernando de Acuña, Hurtado de Mendoza, Pero Mexía o las muy abundantes del propio Barahona), en lo que quizás haya que ver una prefiguración del movimiento barroco en el que tendrán consideración de autoridad no sólo los clásicos sino también los modernos.

Un aspecto de la originalidad de la obra reside, desde nuestra perspectiva, en esa mezcla de elementos culturales de tradición clásica, sobre todo, y los que proceden de la experiencia directa del mundo de la caza, porque existen muchos rasgos que parecen fruto de una inmersión auténtica en los métodos de localización y alcance de las piezas y en los lugares donde se llevan a cabo las batidas. Pensemos, por ejemplo, en un dato tan importante para el cazador como la determinación del lugar desde donde sopla el viento, puesto que la presa se percata de la presención del cazador no tanto por la vista o el oído, sino de manera especial por el olfato; en consecuencia, el acercamiento del cazador a su objetivo debe tener en cuenta que el viento puede llevar su olor específico al animal que pretende cazar y por lo tanto espantarlo. Y he aquí los diversos métodos que se proponen en la obra para determinar la dirección del viento, por muy escaso que sea: se puede tomar un poco de polvo y echarlo hacia el cielo; si hubiere llovido y no hubiera polvo, “mojar el dedo en la saliva caliente de la boca y alzalla [sic, quizás por anacotulo, la mano] en alto que luego se entra el frío por aquella parte que viene el aire, aunque sea poco” (p. 69); claro que si hiciese mucho calor y no se percibiese el cambio de temperatura en el dedo, el método sería otro: “encender la mecha del arcabuz u otra cualquier cosa y alzalla en alto, que el viento llevará al humo hacia donde va, pues no puede ir derecho; y así, aunque el viento sea poco, se podrá conocer su viaje, y más advirtiéndolo que en el verano casi siempre hallará el cazador correr el aire de la parte do sale el sol, que parece que se levanta con él por la mañana, y a medio día y a la tarde también de las partes por do el sol pasa, estando, como he dicho, el tiempo calmo” (p. 70). Estos detalles<sup>14</sup> y otros muchos tienen el aspecto de datos tomados de la realidad, o transmitidos por vía particular o popular, en lo que hay que ver también un rasgo específico del auténtico humanismo, en el que se pretendía conciliar el principio de autoridad clásica con la experiencia del mundo procedente de la tradición

13 Un útil repertorio de autores en Juan Pérez de Guzmán, *El autor y los interlocutores de los Diálogos de la Montería*, op. cit., pp. 36-37. Como se sabe, la conclusión a la que llega Pérez de Guzmán en este documentado estudio es distinta a la que se acepta generalmente; para él, el autor de la obra es don Diego Hurtado de Mendoza, Tercer Marqués de Cañete, guarda mayor de Cuenca y montero mayor de Felipe II; p. 72.

14 Montano dice, en ocasiones, que ha sido testigo de alguna cuestión específica, aunque ignora la causa: “SOL. Una cosa he oído decir del jabalí y holgaría de saber si es cierta: que mirando de través dicen que ve más que por derecho. MON. Podéislo creer y tener por cierto, aunque yo no sabré deciros la causa, y helo visto y experimentado”, p. 48. En el mismo sentido se expresa a propósito del olfato de las aves: “Yo no diré de eso más de lo que la experiencia larga me ha enseñando, que a mí parecer todas las aves tienen olfato y saben por este sentido aprovecharse tanto como los otros animales del viento: solamente la perdiz y el alcaraván, o son en este sentido muy rudos notablemente, o de todo punto carecen de él; mas proveyó Dios a la perdiz de vista tan aguda y presta, que con esa desde muy lejos previene sus daños y sabe conocer al cazador con mucha facilidad; así como al jabalí, que tiene poca vista, le hizo agudísimo en el oído y olfato, quizá por traer siempre la cabeza baja y poderse mejor aprovechar de estos dos sentidos tan parientes de la tierra y de su sitio”, p. 50.

popular<sup>15</sup>, tal como se aprecia, por ejemplo, en la *Filosofía vulgar* (1568), de Juan de Mal Lara, un texto en la línea del pensamiento conciliador, en el sentido apuntado, de Erasmo de Rotterdam.

Por otra parte, la tradición cinegética hispánica, en lo que se refiere a la composición o traducción de libros de caza, estaba poco desarrollada (existían para entonces unos diez o doce textos, de escasa entidad la mayoría de ellos, y nunca con el carácter abarcador de los Diálogos de la Montería)<sup>16</sup>, por lo que no parece aventurado considerar que Barahona echó mano también de la experiencia directa de algún buen montero, que se oculta aquí bajo el nombre de Montano, maestro de cazadores, y conciliar esa experiencia de las cosas con el texto manuscrito de la Biblioteca Real. Y escribe así, refiriéndose a Montano: “Verdad es que él no ha gastado el tiempo en tantas filosofías como nosotros; pero es de su naturaleza discreto y bien compuesto, y ha visto curiosamente lo que se le ha ofrescido en libros de nuestra lengua” (p. 2), es decir, el personaje conoce los libros sobre la materia, textos poco relevantes en opinión de Solino, que manifiesta al respecto: “¿Que pudieron ayudalle cuatro libros mal escritos que hay en nuestra lengua, y ocho mal traducidos?” (ibid.), por lo que se da a entender que el fenómeno cinegético tiene aquí una consideración directa, sobre todo por parte de Montano, aun cuando siempre aparecen múltiples referencias a textos de la cultura clásica, con los que el propio Montano autoriza sus ideas; claro que, en este ámbito humanista, el más preparado y erudito es Silvano, como se ha dicho. No obstante, tengamos siempre en cuenta que estamos ante un texto literario y que el reflejo que pudiera tener de la realidad es siempre presunto y difícilmente comprobable en todas las ocasiones.

La obra es una relación minuciosa de las artes de la caza y una defensa de esta actividad humana considera idónea para que sea cultivada por un príncipe o por cualquier caballero que quiera ejercitar el cuerpo como contrapunto y necesario complemento del ejercicio de la mente. Los argumentos para la defensa de la caza proceden habitualmente del mundo literario de la antigüedad, porque los héroes que presenta Homero y Virgilio, entre otros autores menos relevantes, realizan múltiples acciones positivas, cargadas de simbolismo<sup>17</sup>, y suelen dedicar una etapa de su vida a este ejercicio de formación. También hay referencia a la misma ejercitación en otros escritores más modernos al presentarnos las actividades que llevan a cabo durante su juventud los protagonistas de sus obras; entre

15 He aquí un ejemplo de tal consideración: Muchos sabios, en su vejez, “se emplean en adagios y refranes, que al vulgo parecen cosa baja e indigna no digo yo de hombres muy sabios, que con su doctrina alumbran al mundo, pero aun de hombres que algún tiempo hayan gastado en letras y tengan en ellas algún nombre”, apud “Prólogo del Maestro León, Catedrático de Prima, de Latín y de Griego, en la Universidad de Salamanca, sobre los refranes del Comendador Hernán Núñez; trata del valor y autoridad de los refranes”, en Hernán Núñez, *Refranes o proverbios en romance [y la Filosofía vulgar de Juan de Mal Lara y las cuatro cartas de Blacos de Garay hechas en refranes]*, Lérida, 1621, grafía actualizada.

16 *Diálogos de la Montería (Manuscrito de la Biblioteca del Palacio de Oriente)*, ed. Duque de Almazán, pról., Julián Zarco Cuevas, op. cit., p. 222 y ss.

17 Expresión directa de tal idea: “¿De suerte que todo lo que Homero escribió es un ejemplo de la vida humana, y aun que en deleitosas fábulas escondió misteriosamente todo lo que en cada suerte de hombres es lícito y necesario? Yo le dije que sí”, p. 3.



estos últimos están el italiano Mateo María Boyardo, que compuso el *Orlando enamorado*, y el propio Barahona de Soto, en algún episodio inicial de *Las lágrimas de Angélica*.

El principio de autoridad de los clásicos sirve de base en muchas ocasiones para hablar de la dignidad y necesidad de la caza, como sucede en los comentarios de Dión Casio a propósito de la cuestión: “los grandes Príncipes deben ejercitar la caza como cosa muy saludable y necesaria, de donde el cuerpo se hace más robusto y el ánimo más fuerte ejercitando en ella todas las cosas de la guerra, así correr a caballo como a pie, saltar, luchar, tomar los animales feroces, acometellos, conquistallos, vencillos, sufrir el calor del estío y el frío del invierno, la hambre y la sed, dormir en piedras y asperezas sin regalo” (pp. 11-12). Sin embargo, a veces, es tal el cúmulo de autoridades que emplea Barahona que el discurso o la argumentación adquieren tintes farragosos, algo propio de algunos escritores de la época y que se acrecienta, si cabe aún más, en el período barroco y que pretende demostrar la gran erudición que se podía alcanzar sobre ciertas cuestiones, algo que se podía hacer por consulta directa de los textos o de las poliantes y calepinos de la época. Así, no falta la ironía en el comentario de Solino, personaje contrario a la caza<sup>18</sup>, al discurso de Silvano, cuajado de autores y citas clásicas: “Por cierto que me ponéis admiración de ver cuán pertrechado estáis en defensa de la caza: parece que os paga salario Montano porque le ayudéis a defender su vicio, que tiene harta necesidad de ello” (p. 16).

Con todo, al final del libro primero, se deja ya determinada claramente la materia y el alcance de toda la obra, que es, en palabras de Montano, la siguiente: “y pues decís que se cazan pesces y aves y fieras, solamente pienso de tratar de la parte que enseña a matar fieras, y de éstas no todas, sino las necesarias para nuestra comida y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el apellido, no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar, porque como casi siempre se ejercita en los montes, tomó nombre de ellos. Ésta se divide en dos: en caza mayor, que es de puercos y ciervos y otros animales grandes, y en menor, que es de liebres y conejos; y si en esta segunda parte me diéredes licencia, me confundiré y quizá trataré de perdices, en cuanto se cazan con los instrumentos que los animales terrestres, quiero decir, con perro y ballesta o arcabuz” (pp. 40-41).

Hasta tal punto es meticuloso el autor en la materia que trata que ni siquiera se olvida de indicar las cualidades físicas y mentales del perfecto cazador, entre las que resulta un tanto curiosa la de que sea un hombre de mediana estatura: “es menester que el cazador sea de estatura mediana, como lo dijo Jenofón, porque si fuere por extremo pequeño no tendrá la facilidad que se requiere para las cosas tocantes a este ejercicio corporal, y por ventura no tendrá la fuerza necesaria ni podrá durar prósperamente en los trabajos, pues también dice el mismo autor que ha de ser recio el cazador; y si fuese con algún extremo alto tiene más inconvenientes, así porque de suyo los altos son flojos y para menos trabajo [nótese la ironía del texto], como porque se parecen [es decir, destacan] más por el monte

18 Aparece esa actitud, entre otros lugares, en el comentario de Montano, el cual se manifiesta un personaje supersticioso, que cree en agüeros: “No sé qué se tiene de mal agüero este día para nuestra caza, señor Silvano. En saliendo de casa eché menos dos perros de los mejores, y ya he visto un grajo, y aun encontré a quien me pidiese dineros, y ahora os veo estar con el mayor enemigo de caza que hay en el mundo. Nada nos puede subceder bien con tan mal azar”, p.23.

bajo o tierra llana y rasa, y por las cumbres y picazos, que se encubrirán con más dificultad con el caballo de cabestrillo” (p. 54).

Sirvan, en fin, estos datos y estas reflexiones como somera presentación de una obra que necesita mucha más atención de la que se le ha venido prestando hasta ahora (por ejemplo, no aparece analizada en algún estudio<sup>19</sup> dedicado a los diálogos del siglo XVI), a pesar de su amplia longitud y de algunas dificultades inherentes al periodo de su composición, entre las que hay que señalar, desde la perspectiva del lector actual, la enorme cultura clásica de que hace gala Barahona de Soto, referentes básicos en su momento que, por desgracia, vamos perdiendo ahora de forma paulatina. Porque, ¿qué sabemos la mayoría de nosotros, en la actualidad, de Elio Lampridio, de Lactancio Firmiano, de Oppiano de Cilicia y de otros autores similares que maneja con excepcional soltura el escritor lucentino, como autores y libros que había asimilado en su periodo de formación y de los que incluso tenía algunos<sup>20</sup> en su nutrida biblioteca? Y sin duda que éstos y otros olvidos en el ámbito de la cultura moderna pueden ser para siempre irreparables.

---

19 Cfr. Jesús Gómez, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988.

20 Para la riqueza, rareza y variedad de sus libros, cfr., Francisco Rodríguez Marín, *Luis Barahona de Soto. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, op. cit., p. 520 y ss. Por ejemplo, con el núm. 178, p. 535, está “Otro de opiani de caça”, valorado en tres reales, que es la escueta referencia del escribano al texto de Opiano titulado *Cinegética o De la caza*; hay edición reciente española del mismo: Opiano, *De la caza. De la pesca*, Madrid, Gredos, 1990. En el número 408, p. 550, “Otro libro lactancio firmiano”, valorado en tres reales, que serían las obras del historiador romano de ese nombre, de las que hay también edición actual: Lactancio, *Instituciones divinas*, Madrid, Gredos, 1990. Elio Lampridio es otro historiador romano, autor de una biografía de Heliogábalo; todavía lo recuerda Jorge Luis Borges, en su libro *Ficciones*: “Algún eco deforme de nuestros ritos parece haber retumbado en el Tíber: Elle [sic, quizás por errata] Lampridio, en la *Vida de Antonino Heliogábalo*, refiere que este emperador escribía en conchas las suertes que destinaba a los convidados, de manera que uno recibía diez libras de oro y otro diez moscas, diez lirones, diez osos. Es lícito recordar que Heliogábalo se educó en el Asia Menor, entre los sacerdotes del dios epónimo”, “La lotería en Babilonia”, *Ficciones, Obras completas*, Barcelona, Emecé, 1989, tomo I, p. 459.







**Ilte. Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales**



**Diputación  
de Córdoba**